

# El uso social de drogas: una mirada desconstruccionista<sup>1</sup>

*Alfredo Nateras Domínguez  
Octavio Nateras Domínguez\**

*No olvidemos [...] como muy bien lo apuntan Habermas y  
Moscovici, que el objetivo del conocimiento no debe limitarse  
a sistematizar lo existente, sino que consiste también  
en inventar lo que aún no existe, incluso a nivel social.*

Tomás Ibáñez

*A Edith Cruz Merino, por tener  
como único dogma el deseo de vivir*

## Introducción

Los últimos acontecimientos de nuestra sociedad contemporánea: la transnacionalización de las culturas, las nuevas tec-

nologías de comunicación,<sup>2</sup> la globalización de las economías, la narcoviolen- cia, los grandes flujos migratorios, la violencia instalada en la vida cotidiana, los “mitos geniales” que no son tan mitos ni tan



**IZTAPALAPA 35**

EXTRAORDINARIO DE 1994, pp. 113-130

\* Profesores investigadores en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana.

geniales como la pobreza y la miseria, los denominados nuevos movimientos sociales: feministas, proderechos humanos, urbano-popular, gay, rockero-juvenil, así como el uso social de drogas,<sup>3</sup> conllevan a la construcción de diversos escenarios psicosocioculturales por demás vertiginosos, inusitados y complejos.

Es en el entretreído del uso social de drogas donde se requiere, dado el imperio del poder médico-psiquiátrico, una postura que “mire” de manera plural los distintos usos sociales que de la droga realizan los sujetos, grupos y subgrupos. Esta “mirada” implica construirla y edificarla, incorporando temores y miedos, porque la vastedad e imbricación del hecho social de las drogas es tal que requiere un multicriterio a fin de tratar de comprenderlo, en términos contemporáneos (históricos), y reedificar marcos teóricos, métodos e intervenciones que por muy diferentes converjan entre sí. Más aun, cuando los cambios socioculturales y avances en la producción de conocimiento en las disciplinas sociales en general, la psicología social y la antropología cultural en particular conllevaría la dotación de nuevos sentidos al uso social de drogas.

Esta otra forma plural tiene la finalidad de rehabilitar la variable “social” en la comprensión de la “drogadicción”. La pretensión no va más allá, dado que el hecho social, el uso de drogas existe y simplemente hay que darle nuevos significados. Retomamos a Thomas Kuhn cuando señala: “[...] los que parecen ser avances en el conocimiento... demuestran ser... sólo alteraciones del punto de vista. No mejoramos nuestro conocimiento del mundo a través del estudio sistemático... sino que cambiamos nuestra forma de ver el mundo” (Kuhn, 1977).

Tal posición podría criticarse por relativista, sin embargo, sobre advertencia no hay engaño, se propone incorporar una postura distinta que arbitrariamente denominamos: psicosociocultural, utilizando para ello el dispositivo “desconstruccionista-construccionista”.<sup>4</sup>

Así, la intención de este ensayo es mostrar el dispositivo “desconstruccionista-construccionista en psicología social” sobre la categoría sociológica de la farmacodependencia o drogadicción. Una de las características a resaltar del construccionismo social es el de ser “inherentemente” crítico: lo cual significa, de inicio, realizar en forma permanente la autocrítica dentro de la psicología social (e incluso del mencionado dispositivo), así como el tener una postura “crítica” con respecto a la denominada “retórica de la verdad científica” jugada en el seno de las disciplinas sociales en general y de la psicología social en particular (Ibáñez, 1993).

En este sentido, el mencionado dispositivo: “desconstruccionista-construccionista” descansa fundamentalmente en tres aspectos: primero, la naturaleza de los fenómenos sociales; segundo, las características del conocimiento producido acerca de estos fenómenos sociales; y tercero, la relación que se establece entre los fenómenos sociales y su conocimiento.

Con respecto a la naturaleza de los fenómenos sociales lo importante es que éstos no se consideran como hechos a “descubrir” o “traducir”, sino que la realidad social, los hechos sociales —como podría ser el uso social de drogas— no son independientes de las prácticas humanas que los producen. Por consiguiente, los fenómenos que ocupan a la psicología social (al ser fenómenos sociales) están atravesados, irremediabilmente, por la temporalidad histórica y

por lo tanto son cambiantes. Sin embargo, esta situación cambiante no se atribuye solamente a la variedad o riqueza del conocimiento social o, al mero transcurrir del tiempo; "es un conocimiento que también es cambiante porque cambian las características de los objetos sobre los que versa" (Ibáñez, 1988, p. 110).

En lo que atañe a las características del conocimiento producido acerca de los fenómenos sociales, éste suele ser provisorio y perecedero, en tanto su razón de ser está dada por el entramado sociohistórico que caracteriza a ese periodo en particular. Esto nos lleva a pensar que los conocimientos acerca de lo social deben ser "desconstruidos permanentemente" y por consiguiente vueltos a construir.

La intersección de los fenómenos sociales y su conocimiento tiene que ver con las categorías que utilizamos para explicar los fenómenos sociales. Estas categorías, por ejemplo: farmacodependencia, farmacodependiente, drogadicción, drogadicto, etc., son construcciones históricas realizadas por los seres humanos, pero a su vez, estas categorías conllevan procesos constituyentes del propio sujeto.

Por lo tanto, dichas categorías tienen que ser consideradas en función de los procesos sociales que les dan contenido y significado.

En este sentido, lo importante es que a través de la instrumentación del método desconstruccionista se abren caminos en la producción de conocimiento, en el seno de la psicología social, al resignificar los múltiples fenómenos sociales.

#### EL USO DE LAS DROGAS COMO PROBLEMA SOCIAL

Seguimos asistiendo a lo que se ha llamado: "la crisis de la modernidad" que signa, paradójicamente, tiempos privilegiados para reflexionar en torno a un hecho central de la utopía moderna: el uso social de drogas.

El uso social de drogas devino un problema social. Por consiguiente, los relatos empezaron desde diver-



sas disciplinas como la sociología, la antropología, la psiquiatría comunitaria, el psicoanálisis, la psicología social, la psicología clínica, etc., que edificaron distintos discursos para explicar la problemática de las drogas. Nuestra hipótesis contempla que dichos discursos son una construcción de la modernidad; es decir: el uso de drogas como problemática social se edificó en y con la modernidad.<sup>4</sup>

Desde esta construcción de la modernidad el paradigma psicoanalítico aún prevalece en muchos profesionistas de las disciplinas humanas y sociales que desocializan lo individual e individualizan lo social en la comprensión del uso social de drogas. Este paradigma psicoanalítico se hila con acercamientos positivistas, empiristas, que se realizan partiendo del referente discursivo de la medicina psiquiátrica: el modelo sanitario.

En la instrumentación del modelo sanitario se sigue fundamentalmente una línea “desarrollista” y “asistencial” donde la discursividad no ha sido consecuente en relación con lo que enuncia y con lo que se hace o instrumenta. Las categorías empleadas son: farmacodependiente, farmacodependencia, droga, incidencia, prevaencia, adicción, salud, enfermedad, salud mental, multicausalidad, etc., que excluyen las manifestaciones subjetivas de los actores sociales.<sup>6</sup> Dichas categorías han alimentado investigaciones epidemiológicas que consideran la rigurosidad del llamado “método científico” como el único camino válido para la construcción de conocimiento; de tal suerte que aquellas investigaciones que no partan de dicho referente son catalogadas como “no-científicas”.<sup>7</sup> En la actualidad no es posible seguir sosteniendo que la rigurosidad del así llamado método científico sea el

único acceso al conocimiento de lo social. Recuérdese que éste es extrapolado de las ciencias naturales y es una ilusión pretender aplicar la misma lógica y la misma estructura metodológica para la comprensión de los fenómenos sociales como el uso social de drogas. Acerca de quienes todavía sostienen lo anterior —y utilizando una metáfora de Berger y Luckmann— diríamos que no sólo están esperando un tren que nunca pasará sino que se equivocaron de estación (Berger y Luckmann, 1968). En este sentido, el uso de drogas en México ha sido analizado insuficientemente debido entre otras cuestiones a la falta de introducción o del establecimiento del análisis de lo que la propia gente piensa y siente al respecto, es decir, se desatendió el estudio de las subjetividades sociales. Por consiguiente, es necesario realizar un análisis crítico y sin ninguna concesión al referente discurso psicoanalítico, al médico-psiquiátrico, al modelo sanitario y a los conceptos y sus instrumentos metodológicos que dan sentido, y a la práctica social del marco referencial correspondiente (positivista). La vía consiste en dismantelar la discursividad teórica para volver a rearmarla; conferirle permanentemente su significación y reconstruir el objeto de estudio. Por lo tanto e impregnados también de cierto “espíritu desconstruccionista” que sostiene, entre otras consideraciones, una ruptura con lo anterior, una reescritura y relectura, podríamos con todo derecho plantear los siguientes interrogantes:

- ¿Cómo empezar a reflexionar sobre la problemática del uso social de drogas desde un lugar distinto al del viejo discurso oficial del modelo sanitario?

- ¿A partir de qué constructos teóricos se validaría realizar una nueva lectura de los determinantes sociales en el uso social de drogas sin caer nuevamente en el reduccionismo psicoanalítico que diluye lo social y sin llegar a la ortodoxia sociológica que cancela la singularidad del sujeto?
- ¿Cuáles serían las metodologías más acordes con la comprensión profunda del uso social de drogas?
- ¿Qué lineamientos de intervención hay que contemplar con los sujetos, los grupos y la comunidad en general?
- ¿Y cuáles serían los contenidos temáticos y las técnicas de conducción grupal a emplear?

#### LOS ORÍGENES DEL MODELO MÉDICO-PSIQUIÁTRICO

Largo tiempo ha transcurrido desde que a mediados de este siglo, dentro de la ciencia médica, se realizó el pasaje de la unicausalidad a la multicausalidad de la enfermedad a fin de explicar el proceso salud-enfermedad. Dicho acontecimiento se podría considerar como una ruptura epistemológica en relación con el conocimiento anterior; se logró un salto cualitativo en términos del saber que posibilitó una mayor profundidad en el mismo. Sin embargo, como en todo saber, por su carácter provisorio de verdad, las contradicciones se fueron evidenciando. Al respecto, Rojas Soriano señala:

Este modelo multicausal, de orientación positivista, no pretende conocer las verdaderas causas del problema [...], las causas estructurales, sino aquellos factores que

resultan fáciles de atacar con medidas de salud pública tradicionales[...] (Rojas, 1990, p. 23).

Dentro de ese marco de referencia multicausal se ubica al conocido modelo de la Historia natural de la enfermedad que desarrollaron Leavell y Clark, quienes rápidamente se convirtieron en los “gurús teóricos” para algunos médicos y psiquiatras. Dicho modelo se conoce también como la triada ecológica (1966), caracterizada por: el agente (la droga), el huésped (el individuo) y el medio (lo social). A partir de este modelo se conformó el sistema de prevención en tres niveles, a saber: prevención primaria (prevención: llegar antes de que aparezca el problema), prevención secundaria (curar) y prevención terciaria (rehabilitar). La implantación de tal modelo llevó a un instrumentalismo donde nuevamente, dice Rojas Soriano:

El modelo de la Historia natural de la enfermedad busca [...], considerar los aspectos empíricos de la relación entre lo social y el proceso salud-enfermedad a fin de proponer medidas pragmáticas para prevenir las enfermedades [...]. Es, por lo tanto, un modelo reduccionista (*Idem*, p. 25).

En ese sentido, dicho modelo no fue tan afortunadamente concebido y, a pesar de sus limitaciones, se extrapoló a las incipientes disciplinas sociales: sociología y psicología, y a instituciones públicas y privadas como el Instituto Mexicano de Psiquiatría (IMP) y Centros de Integración Juvenil (CIJ), etc., abocadas al ámbito de la “salud mental” y su instrumentación con y en la comunidad.

De ese modo, tales disciplinas e instituciones al aplicar el modelo médico-sanitario se centraron en los "aspectos sociales" que determinan significativamente los procesos de salud-enfermedad.

#### LA PROBLEMÁTICA DE LA FARMACODEPENDENCIA DESDE EL MODELO SANITARIO

De inicio se contempló a la farmacodependencia como un fenómeno o hecho social demasiado complejo y difícil, tanto para su estudio y explicación como para su utópica solución. Además, tal solución se planteó a nivel social desde el baluarte por excelencia del modelo médico-psiquiátrico-sanitario: la participación comunitaria.

Dicho fenómeno, se dice, por afectar a todos los sectores de la población deviene un problema de salud pública y también social, y en particular de salud mental. Al afectar no solamente lo físico, lo corporal, sino sobre todo el área de la conducta se ubica en el plano mental (C.I.J., 1982).

Se habló de la multicausalidad de la farmacodependencia, esto es, lo individual, familiar y social como determinantes en su aparición.<sup>8</sup> Así, a principio de los años ochenta se esgrimió la idea de que a partir de la estrategia educación para la salud y no la socorrida educación sobre drogas,<sup>9</sup> se consiguen mejores dividendos en la atención de la salud mental. Se educa para aprehender o mejor dicho, reaprender nuevas formas de conducta, comportamientos, actitudes y posturas encaminadas a transformar la vida cotidiana. Pero siendo suspicaces podemos plantear los siguientes interrogantes:

- ¿El modelo sanitario da cuenta de los aspectos sociales, familiares e individuales acordes con las sensibilidades colectivas que actualmente se viven?
- ¿Implícitamente se sostiene una línea que afirme la mera acumulación del conocimiento de lo social y, luego entonces, su producción es sólo de una vez y para siempre?



- ¿Acaso la sociedad y la construcción social de la realidad tienen una sola significación?
- ¿Qué aportaciones de las ciencias psicosocioculturales podrían favorecer una mirada fecunda e integradora de la medicina social y del psicoanálisis en la problemática del uso de drogas?
- ¿Es posible realmente promover y lograr salud mental?
- ¿Es viable prevenir el uso y abuso de drogas o valdría educar para promover un buen uso de éstas?

Para formular posibles respuestas valdría la pena recuperar el “espíritu” de conocimiento tal como lo refería Bachelard, esto es, conocer en contra de lo conocido, destruyendo saberes previos, sobreponiéndose al dato anterior y detectar los obstáculos epistemológicos que entorpecen la construcción del conocimiento (Bachelard, 1990).

En este sentido, habrá que “desechar lo teórico-estéril para rearmarlo”, realizando una suerte de tejido o hilos reconstructivos con la producción actual en la rehabilitación del conocimiento de lo social en el uso social de drogas.

#### EL PSICOANÁLISIS Y LA PREVENCIÓN DE LA FARMACODEPENDENCIA: ¿LA DESOCIALIZACIÓN DE LO INDIVIDUAL?

Cuando se trabaja la línea preventiva en general (prevención primaria: evitar que el problema del uso de drogas aparezca en la población) y la multicausalidad de la farmacodependencia en particular, resulta contradictorio que impere, en la mayoría de los profesio-

nales de la “salud mental”, el paradigma psicoanalítico. Veamos: se considera a lo individual, familiar y social como determinantes, sin embargo, no todos estos factores gravitan por igual. Es lo social, se afirma, lo que cobra mayor importancia en la mayoría de los casos. Así, lo social está ubicado como el determinante por excelencia —pero solamente se enuncia—, y por lo tanto, en el quehacer práctico profesional esta posición implica individualizar lo social y desocializar lo individual.

El paradigma psicoanalítico ha tomado como unidad de análisis al individuo, a partir de lo cual ha alcanzado sus máximos logros teóricos, siendo también la unidad privilegiada para su práctica profesional. Sin embargo, el psicoanálisis freudiano cayó en la insostenible dicotomía individuo *versus* sociedad. Lo más social, se diría de dicho lineamiento, está plasmado en los textos académicos que escribía Freud en sus últimos años. A saber: *Tótem y tabú* (1912-1913), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1927), *El malestar en la cultura* (1930) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939). De todos estos libros el que más se menciona para enfatizar el carácter social del psicoanálisis es: *Psicología de las masas y análisis del yo*. En dicho texto Freud argumenta que no existe contraposición alguna entre psicología individual y psicología social: “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo” (Freud, 1921, p. 67).

Tal aseveración tiene la cualidad de ser descripti-

va y mecánica, mas no explica cómo se realiza el modelo de la neurosis infantil, el concepto de la libido, la pulsión de meta inhibida y los mecanismos psicológicos de sugestión e identificación para explicar el fenómeno de las masas. Evidentemente tal extrapolación o exportación del enfoque psicoanalítico hacia la psicología social es en realidad impropio y ha sido incluso señalado por los propios psicoanalistas. En este sentido no es fortuito que tal contribución de Freud sea la más desatendida por el psicoanálisis y de la que mejor se ha optado por no hablar. Curiosamente, este viraje de Freud se explica en parte por el contexto histórico en el que se encontraba como sujeto social: su situación de judío, el avance del nazismo, la amenaza de la Primera Guerra Mundial, etc. (Moscovici, 1985).

Justo es decir que el psicoanálisis proporciona importantes pautas sobre la constitución psíquica del sujeto. Aporta los elementos para comprender cómo los sujetos se constituyen o construyen psíquicamente para devenir sujetos sociales. Pero finalmente esa construcción está en función de un otro, previamente constituido a través del proceso intersubjetivo. En otras palabras, el psicoanálisis deja suponer que al nacer, en el cachorro humano, no hay nada preconcebido y pre-hecho a nivel psíquico, sino que va adquiriendo su carácter de sujeto social a partir del interjuego entre lo intrasubjetivo (la biografía individual del sujeto) y lo intersubjetivo (la biografía social del sujeto).

Desde aquí se han referido una serie de connotaciones que conducen a tres tipos de estructuras psíquicas: la neurótica, la psicótica y la perversa. Dentro de estas categorías, según el sujeto, se pueden dar

ciertas explicaciones de la farmacodependencia y también del farmacodependiente. Por esto, posiblemente se diría: si un adolescente usa drogas es que tiene problemas con la legalidad; en el fondo, con la función paterna, las normas, las reglas, la ley, etc. En este sentido no es casual que una gran parte de los contenidos temáticos trabajados para orientar a una parte de jóvenes versen principalmente sobre el desarrollo psicosexual de la infancia, considerando a Freud con las fases libidinales: oral, anal, fálica, de latencia y genital, o la de línea kleiniana, con el referente del pecho bueno y malo; las posiciones esquizoparanoideas y depresivas; o siendo más modernos, desde el psicoanálisis francés lacaniano, con la función paterna, la completitud, el estadio del espejo (la estructura del Edipo), los significantes y el inconsciente estructurado como lenguaje.

#### ¿LA DESFAMILIARIZACIÓN DE LO FAMILIAR?

En relación con el aspecto familiar como factor que influye en la aparición de la drogadicción, la mayoría de los programas preventivos incorporan la línea familiar sistémica. Pensamos que esto conlleva una contradicción, porque al enfoque sistémico se le ha reducido a la terapia, esto es, la cura. Para sortear tal señalamiento se responderá que el matiz es de orientación sistémica sin ser estrictamente una instrumentación con dispositivo familiar sistémico. Aun así, los temas que se trabajan regularmente son: el ciclo vital de la familia, la familia funcional y disfuncional, la comunicación, los roles familiares, etc. Esto puede generar la impresión de que la dinámica fami-

liar de todas las familias fuese cualitativamente la misma, obviando de paso las diferencias culturales y sociales. Un ejemplo: cuando se habla del ciclo vital de la familia, la sustancialidad es un tanto organicista en cuanto se sostiene que la familia nace, crece, se reproduce y muere de una forma lineal. Se olvida que la familia, como la relación de pareja, es una construcción que se va haciendo y rehaciendo permanentemente. No es un punto de partida sino en todo caso un proceso de llegada. Con relación a la temática de familia y proceso de comunicación, el modelo que se sigue enfatizando es el clásico: emisor, canal, receptor, ruido, retroalimentación, etc., donde los sujetos sociales son extraídos de su contexto y quehacer cotidiano para ser cosificados.<sup>11</sup>

Estas situaciones ilustran que en su implantación se ha caído en la simplificación de enfoques y teorías.

#### ¿LA INDIVIDUALIZACIÓN DE LO SOCIAL?

En lo que atañe al aspecto social, la situación empeora, en tanto se le reduce a categorías como: subempleo, desempleo, hacinamiento, medios de comunicación masiva, migración, etc., de forma tal que lo histórico-social se hubiese detenido y cobrara una sola significación o representación. Es como si las manifestaciones subjetivas de los distintos actores sociales fuesen las mismas, no importando que las significaciones individuales del devenir social vayan cambiando o que, en otras palabras, constantemente se resignifiquen. La referencia a lo social, desde el dispositivo desconstruccionista-construccionista, estriba en que los seres humanos hacemos significaciones

y signos. De tal suerte que la realidad se edifica socialmente a través de la interacción y los juegos del lenguaje (Berger y Luckmann, 1968). Así, lo social estaría caracterizado por la producción y recreación de símbolos y significantes de y entre los sujetos y no simplemente como una abstracción categorial.

Dicha postura de lo social da una distancia teóricamente saludable en relación con la medicina social, la psiquiatría comunitaria y el psicoanálisis. Esta postura construccionista de lo social sería una mirada psicocultural en el uso social de drogas que al ejercerla y no sólo nombrarla superaría al reduccionismo individualista de la psicología general (fisiológica), del psicoanálisis y del sociologismo de la sociología. Esta mirada tiende a disolver la falaz antinomia entre el individuo y la sociedad. En este sentido, la visión psicocultural, a través de Serge Moscovici, entre otros, de la Escuela Europea de Psicociología, se distinguiría no por el territorio o campo, sino por el "enfoque". Postula una triada —no edípica— que implica sustituir las categorías del individuo por las del sujeto y la de sociedad por la de objeto, para de aquí realizar una lectura terciaria del sujeto individual (*ego*), sujeto social (*alter*) y de la sociedad (*objeto*) (Moscovici, 1984).

La mirada psicocultural se ubica en la interconexión con diversas disciplinas sociales que tratan la conducta del ser humano en interacción. Asimismo, caracterizamos lo psicocultural como una postura plural donde sea posible la convergencia en la multiplicidad de perspectivas que no impliquen caer en eclecticismo ni temer por estar alejado del discurso o los métodos predominantes de la psicología social instituida.

La postura psicosociocultural trata de recuperar la sensibilidad histórica y social por las grandes problemáticas que presenciamos. Implica también alejarse del instrumentalismo y tecnicismo en que han caído las prácticas de lo social para volver a los referentes teóricos y realimentar el quehacer profesional dándole nuevos sentidos.

En este tenor, la postura psicosociocultural sostiene que dentro de las disciplinas sociales no existe la neutralidad ni es alcanzable la pretendida objetividad en relación con el estudio y la comprensión de los hechos sociales. Todo se observa desde una particular mirada teórica. No hay nada puro ni aséptico. El significado que cobra lo social no sería nada más una mera categorización de los objetos o hechos sociales sino su sustancialidad con lo simbólico.

Lo social pre-existe a lo cultural. Y a partir de la construcción de significados o significaciones que usan e intercambian los sujetos hay algo denominado como social. Tomás Ibáñez menciona: "Por su vinculación con la dimensión simbólica y con la construcción y circulación de significados, queda claro que cualquier cosa que denominemos 'social' está íntima y necesariamente relacionada con el lenguaje y con la cultura" (Ibáñez, 1990, p. 279).<sup>12</sup>

Es precisamente a través de las redes vinculares como se hace factible la constitución de lo social, las significaciones y la intersubjetividad. Al proponer la mirada psicosociocultural con dispositivo desconstruccionista-construccionista coincidimos con la idea de que los referentes teóricos tienen un carácter cualitativo, es decir, hay mejores teorías que otras para explicar determinados hechos y fenómenos sociales.

#### LA RECONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL EN EL USO SOCIAL DE DROGAS

Lo mínimo que se requiere es efectuar sencillos ejercicios teórico-reflexivos a fin de ir mostrando los distintos lugares desde donde es posible resignificar lo social así como ubicar las respuestas subjetivas en el ámbito simbólico de los actores sociales.

En este sentido al referimos y definir el uso social de drogas no aludimos a la tipificación clásica en grados de farmacodependencia y tipos de usuarios, a saber: el experimentador, el social, funcional y disfuncional,<sup>13</sup> sino fundamentalmente al hecho de que un sujeto, al consumir alguna(s) droga(s) edifica procesos sociales. En este proceso social se da un acto comunicativo que implica apropiación y decodificación de signos y significados. Y es precisamente a través de las redes, del vínculo con los otros sujetos, como se constituyen lo social y las intersubjetividades. Así, el uso social de drogas se construye socialmente a través de las diversas prácticas y los usos de sus actores. La propuesta es recuperar los sentidos de las distintas prácticas en el uso social de drogas.

En este sentido, podríamos asentar que el uso social de drogas es una práctica identitaria, es decir, los sujetos —no solamente los que dependen física y emocionalmente de la droga— realizan ritos, patrones de adscripción, comportamientos reiterados e incluso una similar representación del mundo que los ubica como pertenecientes a. Esto conlleva una fuerte adscripción grupal, que las más de las veces, rebasa el simple uso de drogas.

La adscripción, o si se desea la "dependencia", está en función de los patrones de comportamiento

tanto del grupo como de la droga misma. Es en los rituales y en la forma de ser donde se ubica el uso social de drogas. Así, podríamos referir que la droga no es el aspecto "activo" que amenaza al sujeto sino la "dependencia". Se ubica en el proceso social que algunas veces deteriora y limita al usuario (Mille, 1993).

Si el uso social de drogas es un hecho o fenómeno social, un acercamiento para su comprensión importante radica en su aspecto de significación. Si partimos de la premisa de que el: "[...] ser humano es un animal hermenéutico, es decir, un ser esencialmente productor y consumidor de significados" (Ibáñez, 1990, p. 75), entonces podemos decir que el sujeto social es un devenir en constante producción y reproducción de significaciones, un ser que se va constituyendo y haciendo en el hacer simbólico. De tal forma que: "[...] la construcción de los significados se fragua en la interacción social con la institución social en su conjunto, o mejor dicho, en relación con el magma de significados que instituyen la sociedad y la configuran como código simbólico" (*Idem*, p. 78).

Si entretejemos esta definición con escenarios psicosocioculturales tenemos que desde el lenguaje cotidiano de la calle, la cantina, el barrio, la casa, la fiesta, se habla de la mota, el toque, la juanita, la tronadora, los pachecos, los tizos, los mariguanos, los motorolos, grifos, enfermos, desviados, delincuentes, etc. Palabras burdas que dan cuenta del sentido común y del discurso en la vida cotidiana que la gente hace de la realidad, puesto que para la gente común la realidad social está dada y establecida. Esta forma de verse en y con la realidad alude implícitamente a la manera como los sujetos se insertan en ellas. Una

realidad compleja, y desalentadora para la mayoría de los sujetos.

La modernidad ha gestado y generado diversos conflictos que históricamente no han sido resueltos y que afectan a los sujetos sociales. La pobreza urbana habla de la existencia de ciertos sectores como los juveniles que están en su mayoría excluidos de la modernidad y en todo caso su vinculación es desigual. Esta situación los coloca en actores sociales "invisibles" con construcciones discursivas propias. ¿Sería el uso social de drogas una de ellas?

La modernidad representaba para las colectividades tener mejores condiciones de vida, sin embargo, para la mayoría no fue así, al contrario, ha traído una serie de contradicciones que impactan directamente a los actores sociales en términos concretos de conductas hiperindividualizadas, desidentificación, pérdida de pertenencia, etc. Al respecto, Paris Pombo es muy contundente al señalar:

La nueva "modernización" pregonada por la tecnocracia internacional significa, en América Latina, para la enorme mayoría de la población, vislumbrar el espectáculo ultramoderno del consumo y de la tecnología y hundirse entretanto en el desempleo, el bajísimo nivel de vida permitido por los salarios, el hacinamiento, la violencia social y el hambre (Paris, 1990, p. 43).

En este sentido la modernidad denota un proceso de secularización al estilo de como lo pensaba Max Weber: un sentimiento de desencantamiento del mundo que últimamente se ha acrecentado por la terminación de las utopías, el derrumbamiento de los proyectos socialistas y el retroceso de los movimientos revolu-

cionarios de izquierda que ofrecían posibilidades para la constitución de nuevas identidades sociales.

Al hablar de modernización, por consiguiente, necesitamos ubicar las subjetividades que acompañan y determinan a aquélla. Hay que trabajar desde la perspectiva histórica, la articulación, por un lado, entre proceso de modernización y, por el otro, las respuestas sociales de la acción colectiva: las subjetivaciones de los actores sociales (Reyes, 1991), como podrían ser los procesos simbólicos de jóvenes urbanos en el uso social de drogas.

Asistimos a una preocupante crisis, no sólo del poscapitalismo, sino de las estructuras globales en todas las sociedades donde la amenaza es la disolución social y el deterioro ecológico (Paris, 1990).

Empíricamente, esto lo constatamos en cierto sentido con la apatía e indiferencia de muchos jóvenes y no solamente de ellos. Son los "chavos bien helados", a decir de Joaquín Blanco:

Casi está uno a punto de decidir que un chavo bien helado, tan multiplicado por todas partes, es un nuevo personaje que dota a la ciudad de un nuevo panorama: un perfil ahistórico, indiferente, que deja pasar la realidad con un gesto apenas duro: no cree en los cambios: aquí, como en un llano seco, no cambia nada, no mejora nada; no tiene caso ni ponerle buena cara a la vida, ni complicársela uno más... (Blanco, 1990).

Esta situación social está parcializando, segmentando y fragmentando las prácticas colectivas. Si las colectividades requieren, a fin de interactuar con el mundo, la edificación de un universo simbólico donde se incorpore una visión del mismo; pensamientos,

creencias y actitudes que devengan imaginarios colectivos (Marroquín, 1991), valdría saber: ¿cuáles podrían ser las nuevas formas a partir de las cuales los jóvenes están construyendo su realidad?

Desde la sociología se habla de los "nuevos movimientos sociales". Dentro de éstos se sitúan las bandas, organizaciones juveniles, ecologistas, feministas, homosexuales, pro-derechos humanos, etc. Una de sus características es la gran influencia que tienen en la sociedad y la afirmación de ciertos valores universales. Además, cuestión importantísima, van encaminados a la construcción de una nueva identidad colectiva, justo ante la amenaza de disolución social.

Citamos de nueva cuenta a Paris Pombo:

Para los movimientos simbólicos, esa identidad se expresa como apropiación de un campo cultural: resignificación de roles sociales (feministas), afirmación enfática de valores (derechos humanos), reivindicación de una "forma de vida" (ecologistas), denuncia del autoritarismo en todas las áreas de la vida social (movimientos estudiantiles, rock, bandas de jóvenes)) (Paris, 1990, p. 99).

Los jóvenes construyen una serie de códigos simbólicos: vestimenta, música, lenguaje, drogas, apropiación de ciertos espacios que los provee de identidad colectiva de tal suerte que desde los procesos subjetivos de y entre los jóvenes, el uso social de drogas está simbolizado de "identidad" con imaginarios investidos.

En este tenor, el uso social de drogas y sus usuarios existen en tanto entretrejado simbólico que lo constituye en una práctica como tal y además, al ser

las drogas una abstracción y una construcción social con producción simbólica, adquiere distintas respuestas en función de análisis también diferentes.

Al referirnos a la forma en que ciertos jóvenes van construyendo o edificando sus identidades colectivas, necesariamente tenemos que considerar la noción de grupos de referencia y también de pertenencia.

El concepto de *grupos de referencia* fue incorporado por Hayman en 1942, a través de sus estudios de estatus económico. Dicho término implica a aquel(los) grupo(s) que el sujeto elige como punto de comparación para su autoestima o que no elige debido a que los grupos de referencia tienen una connotación de positivo o negativo. Una de las funciones trascendentales de este tipo de grupo es:

[...] van a permitirnos discernir cómo el individuo adopta los comportamientos, normas, valores de grupo o colectividades a las que pertenece o de las que no forma parte, y cuáles son las consecuencias de esta interiorización tanto a nivel de los individuos y categorías de individuos como del sistema social más global (Doise, 1985, p. 75).

Los grupos de pertenencia literalmente son aquellos a los que pertenece el sujeto y donde éste es reconocido por un "otro". Doise, citando a Newcomb, precisa: "[...] grupo al cual se considera que una persona pertenece, en opinión de otro" (*Idem*, p. 77).

En ese mismo orden de ideas, un grupo de referencia podría ser al mismo tiempo de pertenencia, pero no todo grupo de pertenencia sería de referencia, de tal suerte que podríamos decir que quizás para algunos jóvenes un grupo de usuarios o consumidores de drogas tiene el carácter de referencia positiva sin pertenecer real-

mente a él, pero lo que sí usaría es la significación, esto es, el universo simbólico, compartiendo valores, estilos de vida y actitudes.

Estos grupos de referencia son la materia prima en la conformación de identidades colectivas para los jóvenes o sujetos sociales en contraste o contraposición con aquellos otros grupos de referencia que no le interesaría tener o pertenecer por ser "negativos" y así estaría diferenciándose de otro u otros. La identidad "personal" es "diacrítica", es decir, se va construyendo por diferencia con lo otro y se da a nivel de grupos sociales, es decir, la identidad es excluyente del "otro" (Ibáñez, 1992).

Una consideración psicocultural importante a realizar atañe a la cultura, esto es, a la creación o constitución de significaciones (significantes). Para el psicoanálisis francés la madre, no en el sentido orgánico biológico sino desde su función materna (que además la puede ejercer quien sea) introduce al cachorro humano dentro del orden de la cultura: lo provee de lenguaje y le da un lugar dentro de la estructura familiar, o sea, lo introduce en el mundo significado (Bleichmar, 1982). El cachorro humano se va constituyendo en función de "otro", no en el sentido especular que refería Jacques Lacan, deviniendo después sujeto social.<sup>14</sup>

Para la antropología el concepto de cultura regularmente ha tenido tres usos: el primero es aquel que diferencia la naturaleza del hombre, en el entendido de que la cultura es todo lo que no es naturaleza, esto es, lo creado y producido por el hombre, aunque no todo lo que no es naturaleza es cultura; el segundo: el uso cotidiano de la cultura como ilustración, refinamiento, etc., que distingue a unas personas de otras;

y finalmente, el tercero alude a la creación de significaciones (García, 1992).

En este sentido la cultura sería el conjunto de procesos sociales que *generan significaciones* caracterizados por la producción y circulación en la vida social. En términos amplios, la cultura es cualquier tipo de interacción social, y entonces la significación existe y se produce en lo social. Así, el uso social de drogas es una expresión cultural de los sujetos sociales. En este sentido, para el quehacer con familias y jóvenes, hay que contemplar las diferentes significaciones de la heterogeneidad cultural y la transnacionalización de la cultura (García, 1989).

Siguiendo a *García Canclini*, introducimos la categoría de la cultura urbana *versus* culturas populares a fin de entender los procesos simbólicos. Hay dos procesos denominados respectivamente desterritorialización y reterritorialización que se refieren a: “[...] la pérdida de la relación ‘natural’ de la cultura con los territorios geográficos y sociales, y al mismo tiempo, a ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales de las viejas y nuevas producciones simbólicas” (García, 1989, p. 288).

En lo que se refiere a la expansión de “géneros impuros” hay que considerar: a jóvenes banda, niños de la calle, orfanatos, etc., que desde el lugar de excluidos de las bondades de la modernidad y modernización económica, política y cultural adquieren un significado no sólo de sobrevivencia económica, sino de urgencia cultural. Es decir, preservan hasta el final la *identidad colectiva*, por ejemplo: el uso social de drogas.

Aunque los grandes metarrelatos (Lyotard), o los paradigmas (Kuhn), son los que están faltando para



ubicar a lo social nuevamente en su función de totalizador-totalizante y facilitar a los sujetos sociales la construcción de identidades colectivas, los actuales son tiempos sustancialmente privilegiados para reconducir el camino en la comprensión de lo social en general y del uso social de drogas en particular.

Debemos reconocer que seguimos requiriendo un planteamiento que posibilite la reconstrucción o resignificación de referentes plurales en consonancia con la diversidad de realidades sociales y culturales a la que nos enfrentamos en el quehacer del uso social de drogas.

Se requiere rehabilitar la mirada psicosociocultural<sup>15</sup> y entrelazarla con la antropología médica. De la antropología médica tendrían que trabajarse metodologías interpretativas, es decir, etnográficas, historias de vida y de caso con sujetos que usan drogas para así ir ubicando las distintas prácticas en el uso social de drogas.<sup>16</sup>

De la psicosociología habría que retomar el referente de la *investigación naturalista*, en tanto nos acercaría a la construcción de los imaginarios colectivos y a la forma en que los sujetos, grupos y comunidades construyen socialmente su realidad, como podría ser la realidad social del uso de drogas. La investigación naturalista se articula en el referente teórico de la fenomenología y la metodología cualitativa. Siguiendo a Maritza Montero, psicóloga social venezolana, reafirmamos la idea de que el conocimiento es perecedero y las realidades sociales múltiples; lo cual lleva a considerar a la realidad social como realidades construidas y holísticas. De ahí que la investigación naturalista parta de un contexto "natural", esto es, no de laboratorio, y donde los sujetos

sociales (los humanos) serían la fuente primaria de obtención de datos, porque precisamente son estos sujetos los constructores de la realidad.

Igualmente se prioriza el conocimiento tácito con el conocimiento del lenguaje; de aquí el empleo de análisis de discurso que supondría a su vez análisis de contenido. Asimismo, el baluarte en la instrumentación de este tipo de investigaciones estaría dado por la "observación participante".

En este sentido al preferir una metodología cualitativa no se excluye totalmente, y se usa en caso necesario, la metodología cuantitativa. Sin embargo, se da una singular importancia a la teoría desde lo cualitativo, no así en lo cuantitativo. De igual forma, se utiliza a los *informantes clave* (concepto proveniente de la antropología) como los típicos representantes de un determinado fenómeno o hecho social. En este sentido el informante clave vendría a ser algo así como una "muestra internacional".

El diseño de esta investigación se va construyendo sobre la marcha, en función del ritmo que marque la propia realidad social estudiada, es decir, la investigación no se hace *a priori*. En lo que atañe a los resultados (datos descriptivos), se negocian entre el investigador y los investigados.

Lo que realmente se concierne son los significados con los actores, con los constructores de esa realidad social estudiada. De ahí que las interpretaciones sean más ideográficas y que se busquen sus similitudes con lo empírico (Montero, M., 1994).

Asimismo, hay que reivindicar a la psicología comunitaria en el trabajo con grupos y con la comunidad en general. Por lo tanto, incorporar nuevos instrumentos, herramientas y "miradas" teóricas. Esto

posibilitaría ser en el hacer para que las diferencias no signifiquen ni la soledad del silencio ni el arrebató de la intolerancia académica.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Este ensayo fue leído por un dictaminador anónimo, al cual agradecemos los sugerentes comentarios críticos.
- <sup>2</sup> Vídeos, compactos, *walk-man*, *fax*, teléfonos inalámbricos, máquinas contestadoras, computadoras personales, máquinas de realidad virtual, correo electrónico, etcétera.
- <sup>3</sup> El concepto: *uso social de drogas* se propone por el de farmacodependencia o drogadicción. Más adelante, en el devenir de este texto, se planteará su significado.
- <sup>4</sup> El lector interesado en lo que se ha dado en llamar: "dispositivo desconstruccionista" en psicología social puede consultar T. Ibáñez (coordinador): *El conocimiento de la realidad social*, Sendai, Barcelona. Especialmente se sugiere revisar del capítulo VI al VIII, pp. 109-185, donde se encontrarán textos de Ibáñez, Shotter y Gergen, respectivamente. De igual forma, cfr., T. Ibáñez, "La psicología social y la retórica de la verdad", en *Cultura psicológica*, vol. 1, núm. 1990, pp. 59-79.
- <sup>5</sup> Recuérdese que la farmacodependencia o drogadicción en nuestro país como problemática social es muy reciente: finales de los años sesenta (1968), vinculada con el surgimiento del movimiento juvenil de la época en su tránsito de categoría biológica a categoría sociocultural.
- <sup>6</sup> Por manifestaciones subjetivas de los actores sociales se entiende la propia opinión de las personas sobre ellas mismas y su percepción de los otros y el mundo.
- <sup>7</sup> Kenneth Gergen, basado en la filosofía de la ciencia, habla de las proposiciones empíricas o sintéticas como declaraciones científicas y de proposiciones definidoras o analíticas como declaraciones no científicas (Gergen, 1991, p. 101).
- <sup>8</sup> En relación con la variable individual regularmente se menciona una suerte de caracterología en relación con él, y se refiere al "farmacodependiente" como sujeto inseguro, de

baja autoestima, introvertido, carenciado de afecto, etc. Por lo que atañe al aspecto familiar se habla de falta de comunicación, roles estereotipados, ausencia del padre, padres alcohólicos, etc.; y de la variable social se alude al desempleo, subempleo, flujos migratorios, hacinamiento, influencia de los medios masivos de comunicación, etcétera.

- <sup>9</sup> La estrategia de educación sobre drogas se basa en realizar una tipología de los fármacos y sus efectos. Usualmente esta tipología divide a las drogas en estimulantes y depresores. Dentro de los estimulantes se ubica a las anfetaminas, cocaína y alucinógenos y al interior de éstos la marihuana, L.S.D., mezcalina y psilocovina. Por lo que se refiere a los depresores tenemos: alcohol, barbitúricos, tranquilizantes, heroína, codeína, morfina e inhalables. Como se apreciará, la limitante de esta estrategia es la de no ofrecer alternativas de solución en la problemática de la farmacodependencia.
- <sup>10</sup> Consideremos que en el trabajo de George Herbert Mead, *Espíritu, persona y sociedad* (1972), se dan elementos para la articulación de lo individual con lo social.
- <sup>11</sup> Al respecto, el lector interesado puede consultar una crítica muy fuerte al modelo clásico de la comunicación realizada por Bernard Rimé, psicopsicólogo francés: B., Rimé, "Lenguaje y comunicación", en S. Moscovici, *Psicología social II*, Ed. Paidós, Barcelona, 1984, pp. 535-571.
- <sup>12</sup> Es importante insistir que lo social y cultural aunque interrelacionados se distinguen. Son dos dimensiones con diferentes articulaciones.
- <sup>13</sup> El experimentador se acerca por curiosidad y novedad a las drogas; el social lo hace en situaciones pasajeras o sociales, por ejemplo, una fiesta; el funcional usa drogas para desempeñar sus actividades sin dificultad; y el disfuncional ya "no funciona social y productivamente" sin la droga (CIJ, 1986).
- <sup>14</sup> Desde el *Interaccionismo simbólico* de George Herbert Mead hablaríamos del "Otro generalizado", a partir del cual el sujeto configura su "sí mismo".
- <sup>15</sup> El trabajo de Elia Jazmín M.: "Imagen social en jóvenes acerca del alcohol. El consumo del alcohol en la fiesta y el barrio", es un buen ejemplo del uso de una técnica indirecta basada en un modelo simbólico de acción que consiste en una serie de viñetas donde se representa a un personaje

bebiendo alcohol, a partir de las cuales se realizan historias, Cfr., E. Jazmín, "Imagen social en jóvenes acerca del alcohol. El consumo de alcohol en la fiesta y el barrio", en *Revista de cultura psicológica*, vol. 1, 1992, pp. 65-76.

<sup>16</sup> Los trabajos del antropólogo español, Oriol Romani, van en esta línea. Los interesados pueden consultar: O. Romani, *A tumba abierta. Autobiografía de un Grifota*, Anagrama, Barcelona, 1986; y J. Funes y O. Romani, *Dejar la heroína. Vivencias, contenidos y circunstancias de los procesos de recuperación*, Cruz Roja española, Madrid, 1985.

#### REFERENCIAS

- Bachelard, G., *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, Ed. Siglo XXI, México, 1990.
- Berman, M., *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1988.
- Berger y Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1968.
- Blanco, J., *Un chavo bien helado. Crónicas de los años ochenta*, Ed. Era, México, 1990.
- Bleichmar, Silvia, *La constitución sexual en la infancia*, UNAM mimeógrafo, 1982.
- C.I.J., *Una respuesta integral al fenómeno de la farmacodependencia*, México, 1982.
- Doise, W., *Psicología social experimental*, Ed. Hispanoeuropea, España, 1985.
- Funes, J. y R. Oriol, *Dejar la heroína. Vivencias, contenidos y circunstancias de los procesos de recuperación*, Ed. Cruz Roja española, Madrid, España, 1985.
- Freud, S., *Obras completas*, tomo XVIII, Ed. Amorrortu, Argentina, 1976.
- García, C., *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Ed. Grijalbo, México, 1989.
- García, C., *La cultura hoy. Conferencia*, C.I.J., México, 1992.
- Gergen, K., "Hacia una psicología posmoderna", en revista *Investigación psicológica*, UNAM, vol. 1, 1991.
- Habermas, J., *El discurso filosófico de la modernidad*, Ed. Taurus, Madrid, 1989.
- Ibáñez, T. (Coordinador), *El conocimiento de la realidad social*, Ed. Sendai, Barcelona, 1988.
- Ibáñez, T., *Aproximaciones a la psicología social*, Ed. Sendai, Barcelona, 1990.
- Ibáñez, T., "La mirada 'psicosocial' emergente y su aplicación al estudio de una categoría social como por ejemplo la juventud", en *Estudi general*, núm. 7, Temes sobre Adolescència i Juventud, Universidad Autónoma de Barcelona, 1991.
- Ibáñez, T., "Introducción", en Páez, Morales y otros, *Teoría y método en psicología social*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1992.
- Ibáñez, T., "La psicología social y la retórica de la verdad", en la revista de *Cultura psicológica*, vol. 2, núm. 1, 1993, pp. 59-79.
- Jazmín, E., "Imagen social en jóvenes acerca del alcohol. El consumo del alcohol en la fiesta y el barrio", en revista *Cultura psicológica*, vol. 1, núm. 1, 1992, pp. 65-76.
- Kuhn, T., *La estructura de las revoluciones científicas*, Ed. FCE, México.
- Marroquín, E., "Cultura de la Iglesia", en revista *Topodrilo*, núm. 20, UAM-I, México, 1991.
- Mead, G., *Espíritu, persona y sociedad*, Paidós, Buenos Aires, 1972.
- Mille, C., "Drogas, dependencia e identidad", en *El Nacional*, suplemento El País, México, 31 de mayo, 1993.
- Montero, M., "La investigación naturalista", conferencia, UNAM México, 1994.
- Moscovici, S., *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de masas*, FCE, México, 1985.

- Moscovici, S., *Psicología social*, Paidós, Buenos Aires, 1984.
- Paris, P., *Crisis e identidades colectivos en América Latina*, Plaza y Valdés-UAM-X, México, 1990.
- Reyes, O., *Modernización política y movimientos sociales en el México actual*, UAM-I, mimeógrafo, 1991.
- Rimé, B., "Lenguaje y comunicación", en S. Moscovici, *Psicología social II*, Paidós, Barcelona, 1984.
- Rojas, S., *Crisis, salud, enfermedad y práctica médica*, Plaza y Valdés, México, 1990.
- Romaní, O., *A tumba abierta. Autobiografía de un grifota*, Anagrama, Barcelona, 1986.
- Taylor, S.J. y R. Bogdan, *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Paidós, Barcelona, 1992.